

tisface á Dios en nosotros. Por donde solo Cristo es el AMADO, por cuanto todos los amados de Dios son Jesucristo, por la imagen suya que tienen impresa en el alma; y porque Jesucristo es la hermosura con que hermosea, conforme á su gusto, á todas las cosas, y la salud con que les da vida, y por eso se llama JESÚS, que es el nombre de que diremos agora. Y calló Marcelo, y habiendo tomado algún reposo, tornó á hablar de esta manera, puestos en Sabino los ojos.

§. III.

Qué significa, y cómo le conviene sólo á Cristo el nombre de JESÚS, y de cómo es su nombre propio en cuanto hombre.

El nombre de JESÚS, Sabino, es el propio nombre de Cristo; porque los demás que se han dicho hasta agora, y otros muchos que se pueden decir, són nombres comunes suyos, que se dicen de Él por alguna semejanza que tiene con otras cosas, de las cuales también se dicen los mismos nombres. Los cuales y los propios difieren: lo uno en que los propios, como la palabra lo dice, son particulares de uno, y los comunes competen á muchos: y lo otro, que los propios, si están puestos con arte y con saber, hacen significación de todo lo que hay en su dueño, y son como imagen suya, como al principio dijimos; mas los comunes dicen algo de lo que hay, pero no todo. Así que pues JESÚS es nombre propio de Cristo, y nombre que se le puso Dios por la boca del ángel, por la misma razón no es como los demás nombres, que le significan por partes, sino como ninguno de los demás, que dice todo lo de Él, y que es como una figura suya, que nos pone en los ojos su naturaleza y sus obras, que es todo lo que hay, y se puede considerar en las cosas. Mas conviene advertir, que Cristo, así como tiene dos naturalezas, así también tiene dos nombres propios. Uno, según la naturaleza divina, en que nace del Padre eternamente, que solemos en nuestra lengua llamar *Verbo* ó *Palabra*; otro, según la humana naturaleza, que es el que pronunciamos JESÚS. Los cuales ambos

son, cada uno conforme á su cualidad, retratos de Cristo perfectos y enteros. Retratos digo enteros, que cada uno en su parte dice todo lo que hay en ella cuanto á un nombre es posible. Y digamos de ambos y de cada uno por sí.

Y presupongamos primero, que en estos dos nombres, unos son los originales y otros son los trasladados. Los originales son aquellos mismos que reveló Dios á los Profetas, que los escribieron en la lengua que ellos sabían, que era sira ó hebreá. Y así en el primer nombre que decimos *Palabra*, el original es DABAR, y en el segundo nombre JESÚS, el original es IEHOSUAH; pero los trasladados son estos mismos nombres, en la manera como en otras lenguas se pronuncian y escriben. Y porque sea más cierta la doctrina, diremos de los originales nombres. De los cuales en el primero, DABAR, digo, que es nombre de Cristo, según la naturaleza divina, no solamente porque es así de Cristo que no conviene, ni al Padre, ni al Espíritu Santo, sino también porque todo lo que por otros nombres se dice de él, lo significa solo éste. Porque DABAR no dice una cosa sola, sino una muchedumbre de cosas: y dice-las, como quiera y por doquiera que le miremos, ó junto á todo él, ó á sus partes cada una por sí, á sus sílabas y á sus letras. Que lo primero, la primera letra, que es D, tiene fuerza de artículo, como *El* en nuestro español; y el oficio del artículo es reducir á ser lo común, y como demostrar y señalar lo confuso, y ser guía del nombre, y darle su cualidad, y su linaje, y levantarle de quilates, y añadirle excelencia: que todas ellas son obras de Cristo, según que es la palabra de Dios. Porque Él puso ser á las cosas todas, y nos las sacó á luz, y á los ojos, y les dió su razón, y su linaje: porque Él en sí es la razón, y la proporción, y la compostura, y la consonancia de todas; y las guía Él mismo, y las repara, si se empeoran, y las levanta, y las sube siempre y por sus pasos á grandísimos bienes.

Y la segunda letra, que es B, como San Jerónimo (1) enseña, tiene significación de edificio, que es también propiedad de Cristo, así por ser el edificio original y como la traza

(1) In Epist. Crit. ad Paulam, de Alph. Hebr. Oper. edit. Bened. 1699; tomo II, col. 707.

de todas las cosas, las que Dios tiene edificadas, y las que puede edificar, que son infinitas, como porque fué el obrero de ellas. Por donde también es llamado Tabernáculo en la Sagrada Escritura, como Gregorio Niceno dice (1): *Tabernáculo es el Hijo de Dios unigénito, porque contiene en sí todas las cosas, el cual también fabricó tabernáculo de nosotros.* Porque como decíamos, todas las cosas moraron en Él eternamente antes que fuesen, y cuando fueron Él las sacó á luz, y las compuso para morar Él en ellas. Por manera que así como Él es casa, así ordenó que también fuese casa lo que nacía de Él. Y que de un tabernáculo naciese otro tabernáculo, y de un edificio otro: y que lo fuese el uno para el otro, y á veces. Él es tabernáculo, porque nosotros vivimos en él: nosotros lo somos, porque Él mora en nosotros. *Y la rueda está en medio la rueda, y los animales en las ruedas, y las ruedas en los animales,* como Ezequiel escribía (Ezech., c. i, v. 16). Y están en Cristo ambas las ruedas: porque en Él está la divinidad del Verbo, y la humanidad de su carne, que contiene en sí la universalidad de todas las criaturas ayuntadas y hechas una en la forma que otras veces he dicho.

La tercera letra de DABAR es la R, que conforme al mismo Doctor San Jerónimo (Ibid.), tiene significación de cabeza, ó principio, y Cristo es principio por propiedad. Y Él mismo se llama *Principio* en el Evangelio, porque en Él se dió principio á todas las cosas. Porque como muchas veces decimos, es el original de ellas, que no solamente demuestra su razón, y figura su ser, sino que les da el ser y la sustancia haciéndolas. Y es principio también, porque en todos los linajes de preeminencias y de bienes tiene Él la preeminencia y el lugar más aventajado; ó por decir la verdad, en todos los bienes es Él la cabeza de aquel bien, y como la fuente de donde mana y se deriva, y se comunica á los demás que lo tienen. Como escribe San Pablo (Ad Colos., c. i, v. 18), que es el Principio, y que en todo tiene las primerías. Porque en la orden del ser, Él es el principio, de quien les viene el ser á los otros. Y en la orden del buen ser, Él mismo es la cabeza que todo lo gobierna y reforma. Pues en el vivir, Él es

(1) Lib. de *Vita Mosis*, paullò post med. Edit. París, 1605, col. 243.

el manantial de la vida; en el resucitar, el primero que resucita su carne, y el que es virtud, para que los demás resuciten. En la gloria, el Padre, y el océano de ella. En los reyes el Rey de todos, y en los sacerdotes el Sacerdote supremo, que jamás desfallece; entre los fieles su Pastor; en los ángeles su Principe; en los rebeldes, ángeles, ú hombres, su Señor poderoso. Y finalmente, Él es el Principio, por donde quiera que le miremos. Y aun también la R significa, según el mismo Doctor, el espíritu, que aunque es nombre que conviene á todas las tres Personas, y que se apropia al Espíritu Santo, por señalar la manera como se espira y procede; pero dicese Cristo espíritu, demás de lo común, por cierta particularidad y razón. Lo uno, porque el ser Esposo del alma, es cosa que se atribuye al Verbo. Y el alma es espíritu, y así conviene que Él lo sea, y se lo llame, para que sea alma del alma, y espíritu del espíritu. Lo otro, porque en el ayuntamiento que con ella tiene, guarda bien las leyes y la condición del espíritu, que se va y se viene, y se entra y se sale, sin que sepáis cómo, ni por dónde. Como San Bernardo, hablando de sí mismo lo dice (1) con maravilloso regalo. Y quiero referir sus palabras, para que gustéis su dulzura:

«Confieso, dice, que el Verbo ha venido á mí muchas veces, aunque no es cordura el decirlo. Mas con haber entrado veces en mí, nunca sentí cuándo entraba. Sentile estar en mi alma, acuérdome que le tuve conmigo, y alguna vez pude sospechar que entraría: mas nunca le sentí, ni entrar, ni salir. Porque ni aun agora puedo alcanzar de dónde vino, cuándo me vino, ni adónde se fué, cuándo me dejó, ni por dónde entró ó salió de mi alma. Conforme á aquello que dice (Joan., c. iii, v. 7): *No sabréis de dónde viene, ni adónde se va.* Y no es cosa nueva, porque Él es á quien dicen (Ps. LXXVI, v. 19): *Y la huella de tus pisadas no será conocida.* Verdaderamente Él no entró por los ojos, porque no es sujeto á color; ni tampoco por los oídos, porque no hizo sonido; ni menos por las narices, porque no se mezcló con el aire; ni por la boca, porque

(1) Homil. LXXIV. in Cantic. a num. 5. edit. Bened. Venet. 1730, tom. II, col. 803.

ni se bebe ni se come; ni con el tacto le sentí, porque no es tal que se toca. Por dónde, pues, entró? O por ventura no entró, porque no vino de fuera, que no es cosa alguna de las que están por de fuera. Mas ni tampoco vino de dentro de mí, porque es bueno, y yo sé que en mí no hay cosa que buena sea. Subí, pues, sobre mí, y hallé que este Verbo aún estaba más alto. Descendí debajo de mí inquisidor curioso, y también hallé que aún estaba más abajo. Si miré á lo de fuera, vile aún más fuera que todo ello. Si me volví para adentro, halléle dentro también. Y conocí ser verdad lo que había leído, que (Act., c. xvii, v. 28) *vivimos en Él, y nos movemos en Él, y somos en Él*. Y dichoso aquel que á Él vive y se mueve. Mas preguntará alguno: Si es tan imposible alcanzarle y entenderle sus pasos, de dónde sé yo que estuvo presente en mi alma? Porque es eficaz y vivo este Verbo, y así luégo que entró, despertó mi alma que se adormía. Movió, y ablandó, y llagó mi corazón, que estaba duro, y de piedra, y mal sano. Comenzó luégo á arrancar, y á deshacer, y á edificar, y á plantar, á regar lo seco, y á resplandecer en lo oscuro, á traer lo torcido á derecha, y á convertir (Isai., c. xl, v. 4; Luc., ii, 5) las asperezas en caminos muy llanos de arte que bendicen al Señor mi alma, y todas mis entrañas á su santísimo nombre. Así que entrando el Verbo esposo algunas veces á mí, nunca me dió á conocer que entraba con ningunas señas, no con voz, no con figura, no con sus pasos. Finalmente no me fué notorio por ningunos movimientos suyos, ni por ningunos sentidos míos, el haberseme lanzado en lo secreto del pecho. Solamente, como he dicho, de lo que el corazón me bullía, entendí su presencia. De que huían los vicios y los afectos carnales se detenían, conocí la fuerza de su poder. De que traía á luz mis secretos, y los discutía y redargüía, me admiré de la alteza de su sabiduría. De la enmienda de mis costumbres, cualquiera que ella se sea, experimenté la bondad de su mansedumbre. De la renovación y reformación del espíritu de mi alma, esto es, del hombre interior, percibí como pude la hermosura de su belleza. Y de la vista de todo esto juntamente quedé asombrado de la muchedumbre de sus grandezas sin cuento. Mas porque todas estas cosas, luégo que el Verbo se aparta, como cuando quitan el fuego á la olla que hierve,

comienzan con una cierta flaqueza á caerse torpes y frias, y por aquí, como por señal, conocía yo su partida; fuerza es que mi alma quede triste, y lo esté hasta que otra vez vuelva, y torne, como solía, á calentarse mi corazón en mí mismo, y conozca yo así su tornada.»—Esto es de Bernardo.

Por manera que el nombre DABAR, en cada una de sus letras significa alguna propiedad de las que Cristo tiene. Y si juntamos las letras en sílabas, con las sílabas lo significa mejor: porque las que tiene son dos, DA, y BAR, que juntamente quieren decir, *el Hijo, ó este es el Hijo*, que como Juliano agora decía, es lo propio de Cristo, y á lo que el Padre aludió, cuando desde la nube, y en el monte de la gloria de Cristo, dijo á los tres escogidos discipulos (Matth. cap. xvii, v. 5.): *Este es mi Hijo*: que fué como decir, es DABAR, es el que nació eterna é invisiblemente de mí, nacido agora rodeado de carne, y visible. Y como haya muchos nombres, que significan el Hijo en la lengua de esta palabra, á ella con misterio le cupo este solo, que es BAR, que tiene origen de otra palabra que significa el sacar á luz, y el criar: porque se entienda, que el hijo que dice, y que significa este nombre, es hijo que saca á luz, y que cria, ó si lo podemos decir así, es hijo que ahija á los hijos, y que tiene la filiación en sí de todos. Y aún si leemos al revés este nombre, nos dirá también alguna maravilla de Cristo. Porque BAR vuelto, y leído al contrario es RAB, y RAB es muchedumbre, y ayuntamiento, ó amontonamiento de muchas cosas excelentes en una, que es puntualmente lo que vemos en Cristo, según que es Dios, y según que es hombre. Porque en su divinidad están las ideas y las razones de todo, y en su humanidad las de todos los hombres, como ayer en sus lugares se dijo. Mas vengamos á todo el nombre junto por sí, y veamos lo que significa, ya que habemos dicho lo que nos dicen sus partes: que no son ménos maravillosas las significaciones de todo él, que las de sus letras y sílabas. Porque DABAR en la sagrada Escritura dice muchas, y diferentes grandezas. Que lo primero DABAR significa el Verbo, que concibe el entendimiento en sí mismo, que es una como imágen entera é igual de la cosa que entiende. Y Cristo en esta manera es DABAR, porque es la imagen que de sí concibe y produce,

cuando se entiende, su Padre. Y DABAR significa también la palabra que se forma en la boca, que es imagen de lo que el ánimo esconde. Y Cristo también es DABAR así, porque no solamente es imagen del Padre escondida en el Padre, y para solos sus ojos, sino es imagen suya para todos, é imagen que nos le representa á nosotros, é imagen que le saca á luz, y que le imprime en todas las cosas que cria. Por donde San Pablo (Ad Hebr. cap. 1, v. 3.) convenientemente le llama *sello del Padre*, así porque el Padre se sella en Él, y se dibuja del todo, como porque imprime Él, como sello, en todo lo que cria y repara, la imagen de Él, que en sí tiene. Y DABAR también significa la ley, y la razón, y lo que pide la costumbre y estilo, y finalmente el deber en lo que se hace, que son todas cualidades de Cristo: que es según la divinidad la razón de las criaturas, y la orden de su compostura y su fábrica, y la ley por quien deben ser medidas, así en las cosas naturales, como en las que exceden lo natural; y es el estilo de la vida, y de las obras de Dios; y el deber, á que tienen de mirar todas las cosas que no quieren perderse. Porque lo que todas hacer deben, es el allegarse á Cristo, y el figurarse de Él, y el ajustarse siempre con Él. Y DABAR también significa el hecho señalado, que de otro procede; y Cristo es la más alta cosa que procede de Dios, y en lo que el Padre enteramente puso sus fuerzas, y en quien se traspasó, y comunicó cabalmente. Y si lo debemos decir así, es la grandísima hazaña, y la única hazaña del Padre, preñada de todas las demás grandezas que el Padre hace, porque todas las hace por Él. Y así es luz nacida de luz, y fuente de todas las luces, y sabiduría de sabiduría nacida, y manantial de todo el saber, y poderío, y grandeza, y excelencia, y vida, é inmortalidad, y bienes sin medida ni cuenta, y abismo de noblezas inmensas, nacidas de iguales noblezas, y engendradoras de todo lo poderoso, y grande, y noble que hay. Y DABAR dice todo aquesto, que he dicho, porque significa todo lo grande, y excelente, y digno de maravilla que de otro procede.

Y significa también, y con esto concluyo, cualquiera cosa de ser, y por la misma razón el ser mismo, y la realidad de las cosas: y así Cristo debidamente es llamado por nombre propio DABAR. Porque es la cosa que más es de todas las cosas

y el ser primero y original, de donde les mana á las criaturas su ser, su sustancia, su vida, su obra. Y esto cuanto á DABAR. Que justo es que digamos ya de JESÚS, que como decimos, también es nombre de Cristo propio, y que le conviene según la parte que es hombre. Porque así como DABAR es nombre propio suyo, según que nace de Dios, por razón de que este nombre solo con sus muchas significaciones dice de Cristo, lo que otros muchos nombres juntos no dicen: así JESÚS es su propio nombre, según la naturaleza humana que tiene, porque con una significación y figura que tiene sola, dice la manera del ser de Cristo hombre, y toda su obra y oficio, y le representa y significa más que otro ninguno. A lo cual mirará todo lo que desde agora dijere. Y no diré del número de las letras que tiene este nombre, ni de la propiedad de cada una de ellas por sí, ni de la significación singular de cada una, ni de lo que vale en razón de aritmética, ni del número que resulta de todas, ni del poder, ni de la fuerza que tiene este número: que son cosas que las consideran algunos y sacan misterios de ellas, que yo no condeno; mas déjolas, porque muchos las dicen, y porque son cosas menudas, y que se pintan mejor que se dicen. Sola una cosa de estas diré y es, que el original de este nombre JESÚS, que es ΙΗΣΟΥΣ, como arriba dijimos, tiene todas las letras de que se compone el nombre de Dios, que llaman de cuatro letras, y demás de ellas tiene otras dos. Pues, como sabéis, el nombre de Dios de cuatro letras, que se encierra en este nombre, es nombre que no se pronuncia, ó porque son vocales todas, ó porque no se sabe la manera de su sonido, ó por la religión y respeto que debemos á Dios, ó porque, como yo algunas veces sospecho, aquel nombre, y aquellas letras hacen la señal, con que el mudo, que hablar no puede, ó cualquiera que no osa hablar, significa su afecto y mudéz con un sonido rudo y desatado, y que no hace figura, que llamamos interjección en latín, que es una voz tosca, y como si dijésemos, sin rostro, y sin facciones ni miembros. Que quiso Dios dar por su nombre á los hombres la señal, y el sonido de nuestra mudéz, para que entendiésemos que no cabe Dios, ni en el entendimiento, ni en la lengua: y que el verdadero nombrarle, es confesarse la criatura por muda, todas las veces que le quisiese nombrar:

y que el embarazo de nuestra lengua, y el silencio nuestro, cuando nos levantamos á Él, es su nombre y loor, como David lo decía (Ps. LXIV, v. 1, según el hebreo). Así que es el nombre inefable, y que no se pronuncia este nombre.

Mas aunque no se pronuncia en sí, ya véis, que en el nombre de JESÚS, por razón de dos letras que se le añaden, tiene pronunciación clara, y sonido formado, y significación entendida. Para que acontezca en el nombre, lo mismo que pasó en Cristo, y para que sea, como dicho tengo, retrato el nombre del ser. Porque por la misma manera en la persona de Cristo se junta la divinidad con el alma, y con la carne del hombre, y la palabra divina, que no se leía, junta con estas dos letras se lee, y sale á luz lo escondido hecho conversable y visible: y es Cristo un JESÚS, esto es, un ayuntamiento de lo divino y humano, de lo que no se pronuncia, y de lo que pronunciarse puede, y es causa que se pronuncie, lo que se junta con ello. Mas en esto no pasemos de aquí, sino digamos ya de la significación del nombre de JESÚS, cómo le conviene á Cristo, y cómo es sola de Cristo, y cómo abraza todo lo que de Él se dice, y las muchas maneras como aquesta significación le conviene. Jesús pues significa salvación, ó salud, que el ángel (Luca cap. 1, v. 31.) así lo dijo. Pues si se llama salud Cristo, cierto será que lo es, y si lo es, que lo es para nosotros. Porque para sí no tiene necesidad de salud, el que en sí no padece falta, ni tiene miedo de padecerla. Y si para nosotros Cristo es JESÚS, y salud, bien se entiende que tenemos enfermedad nosotros, para cuyo remedio se ordena la salud de JESÚS. Veamos pues la cualidad de nuestro estado miserable, y el número de nuestras flaquezas, y los daños y males nuestros: que de ellos conoceremos la grandeza de esta salud, y su condición, y la razón que tiene Cristo para que el nombre JESÚS, entre tantos nombres suyos, sea su propio nombre.

El hombre de su natural es movedizo y liviano, y sin constancia en un ser, y por lo que heredó de sus padres, es enfermo en todas las partes de que se compone su alma, y su cuerpo. Porque en el entendimiento tiene oscuridad, y en la voluntad flaqueza, y en el apetito perversa inclinación, y en la memoria olvido, y en los sentidos en unos engaño, y en

otros fuego, y en el cuerpo muerte, y desorden entre todas estas cosas que he dicho, y disensiones, y guerra, que le hacen ocasionado á cualquier género de enfermedad y de mal. Y lo que peor es, heredó la culpa de sus padres, que es enfermedad en muchas maneras, por la fealdad suya que pone, y por la luz y la fuerza de la gracia que quita, y porque nos enemista con Dios, que es fiero enemigo, y porque nos sujeta al demonio, y nos obliga á penas sin fin. A esta culpa común añade cada uno las suyas, y para ser del todo miserables, como malos enfermos ayudamos el mal, y nos llamamos la muerte con los excesos que hacemos. Por manera que nuestro estado de nuestro nacimiento, y por la mala elección de nuestro albedrío, y por las leyes que Dios contra el pecado puso, y por las muchas cosas que nos convidan siempre á pecar, y por la tiranía cruel, y el cetro durísimo que el demonio sobre los pecadores tiene, es infelicísimo, y miserable estado sobre toda manera, por donde quiera que le miremos. Y nuestra enfermedad no es una enfermedad, sino una suma sin número de todo lo que es doloroso y enfermo.

El remedio de todos estos males es Cristo, que nos libra de ellos en las formas que ayer y hoy se ha dicho en diferentes lugares: y porque es el remedio de todo ello, por eso es, y se llama JESÚS, esto es, salvación y salud. Y es grandísima salud, porque la enfermedad es grandísima; y nómbrase propiamente de ella, porque como la enfermedad es de tantos senos, y enramada con tantos ramos, todos los demás oficios de Cristo, y los nombres que por ello tiene, son como partes que se ordenan á esta salud, y el nombre de JESÚS es el todo, según que todo lo que significan los otros nombres, ó es parte de esta salud que es Cristo, y que Cristo hace en nosotros, ó se ordena á ella, ó se sigue de ella por razón necesaria. Que si es llamado *Pimpollo* Cristo, y si es, como decíamos, el parto común de las cosas, ellas sin duda le parieron, para que fuese su JESÚS, y salud. Y así Isaías cuando les pide que lo paran, y que lo saquen á luz, y les dice (Isai. c. XLV, v. 8.): *Rociad, cielos, desde lo alto, y vos, nubes, lloved al justo*, luego dice el fin para que le han de parir. Porque añade: *Y tú, tierra, fructificarás la salud*. Y si es *Faces de Dios*, eslo, porque es nuestra salud, la cual consiste en que nos

asemejemos á Dios, y le veamos, como Cristo lo dice (Joan. c. xvii, v. 3.): *Esta es la vida eterna, conocerte á ti, y á tu hijo*. Y también si le llamamos *Camino*, y si le nombramos *Monte*, es camino porque es guía, y es monte porque es defensa, y cierto es que no nos fuera JESÚS, si no nos fuera guía y defensa: porque la salud, ni se viene á ella sin guía, ni se conserva sin defensa.

Y de la misma manera es llamado *Padre del siglo futuro*, porque la salud que el hombre pretende, no se puede alcanzar, sino es engendrado otra vez: y así Cristo no fuera nuestro JESÚS, si primero no fuera nuestro engendrador, y nuestro padre. También es *Brazo*, y *Rey de Dios*, y *Príncipe de paz*: *Brazo*, para nuestra libertad, *Rey*, y *Príncipe*, para nuestro gobierno; y lo uno y lo otro, como se ve, tienen orden á la salud; lo uno que se le presupone, y lo otro que la sustenta. Y así porque Cristo es JESÚS, por el mismo caso es *Brazo*, y es *Rey*. Y lo mismo podemos decir del nombre de *Esposo*: porque no es perfecta la salud sola y desnuda, si no la acompaña el gusto y deleite. Y esta es la causa por que Cristo, que es perfecto JESÚS nuestro, es también nuestro Esposo, conviene á saber, es el deleite del alma, y su compañía dulce, y será también su marido, que engendrará de ella, y en ella generación casta, y noble y eterna: que es cosa que nace de la salud entera, y que de ella se sigue. De arte que diciendo, que se llama Cristo JESÚS, decimos que es Esposo, y Rey, y Príncipe de paz, y Brazo, y Monte, y Padre, y Camino, y Pimpollo: y es llamarle, como también la Escritura le llama, Pastor y Oveja, Hostia y Sacerdote, León y Cordero, Vid, Puerta, Médico, Luz, Verdad, y Sol de justicia, y otros nombres así.

Porque si es verdaderamente JESÚS nuestro, como lo es, tiene todos estos oficios y títulos, y si le faltaran, no fuera JESÚS entero, ni salud cabal, así como nos es necesaria. Porque nuestra salud, presupuesta la condición de nuestro ingenio, y la cualidad y muchedumbre de nuestras enfermedades y daños, y la corrupción que había en nuestro cuerpo, y el poder que por ella tenía en nuestra alma el demonio, y las penas á que la condenaban sus culpas, y el enojo y la enemistad contra nosotros de Dios, no podía hacerse, ni venir á

colmo, si Cristo no fuera Pastor, que nos apacentara y guiara, y Oveja, que nos alimentara y vistiera, y Hostia, que se ofreciera por nuestras culpas, y Sacerdote, que interviniera por nosotros, y nos desenojara á su Padre, y León, que despedazara al León enemigo, y Cordero, que llevara sobre si los pecados del mundo, y Vid, que nos comunicara su jugo, y Puerta, que nos metiera en el cielo, y Médico, que curara mil llagas, y Verdad, que nos sacara de error, y Luz, que nos alumbrara los piés en la noche de esta vida oscurísima; y finalmente Sol de justicia, que en nuestras almas, ya libres por Él, naciendo en el centro de ellas, derramara por todas las partes de ellas sus lucidos rayos, para hacerlas claras y hermosas. Y así el nombre de JESÚS está en todos los nombres que Cristo tiene, porque todo lo que en ellos hay, se endereza y encamina, á que Cristo sea perfectamente JESÚS. Como escribe bien San Bernardo diciendo (1):

«Dice Isaiás (Isai. c. ix, v. 6.): *Será llamado admirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de paz*. Ciertamente grandes nombres son estos, más que se ha hecho del nombre que es sobre todo nombre, el nombre de JESÚS, á quien se doblan todas las rodillas? Sin duda hallarás este nombre en todos estos nombres, que he dicho, pero derramado por cierta manera, porque de él es lo que la Esposa amorosa dice (Cant. c. i, v. 2.): *Ungüento derramado tu nombre*. Porque de todos aquestos nombres resulta un nombre JESÚS, de manera que no lo fuera, ni se lo llamara, si alguno de ellos le faltara por caso. Por ventura cada uno de nosotros no ve en sí, y en la mudanza de sus voluntades, que se llama Cristo *admirable*? Pues eso es ser JESÚS. Porque el principio de nuestra salud es, cuando comenzamos á aborrecer lo que antes amábamos, dolernos de lo que nos daba alegría, abrazarnos con lo que nos ponía temor, seguir lo que huíamos, y desear con ansia lo que deseábamos con enfado. Sin duda admirable es, quien hace tan grandes maravillas. Mas conviene que se muestre también consejero en el escoger de la penitencia, y en el ordenar de la vida, porque acaso no nos lleve el

(1) In Circumcis. Dom., Serm. ii, nn. 4. 5. edit. Bened. Venet. 1750. tom. ii, colum. 76.